

Lazerowitz, M. y A. Ambrose, *Necessity and Language* (London/Sydney: Croom Helm, 1985).

No es inusual esperar de un libro de filosofía un cierto número de tesis, afirmaciones con carácter *a priori*, pronunciamientos de suprema generalidad, etc. Esto es lo que nos pasaría con un libro que podríamos llamar de ‘filosofía convencional’. Ahora bien, si es esto lo que el lector busca en el libro de Ambrose y Lazerowitz se le puede asegurar *ab initio* que quedará profundamente decepcionado. Y al contrario: si el lector está interesado más bien en el modo de hacer filosofía inaugurado por el último Wittgenstein, si frente a declaraciones tajantes y rotundas el lector aprecia más bien los análisis que requieren de toda nuestra paciencia y nuestro esfuerzo y si en lugar de aceptar acríticamente los problemas e intentar darles solución el lector se inclina más bien por comprender que no hay en el fondo ningún problema real, entonces este libro le parecerá no sólo excelente sino paradigmático. Intentaré hacer ver por qué mi evaluación no es injustificada.

El libro se compone de diez artículos, uno de los cuales le sirve de título. El tema central es el de la necesidad y ésta es examinada básicamente en dos áreas: en el ámbito de las matemáticas y en el contexto de las especulaciones filosóficas. Los autores se enfrentan a las dificultades que plantea lo que generalmente ha sido calificado como “*a priori*”, pero lo hacen de una forma característica y que se distingue no tanto por un estilo literario (que también es detectable), sino por una técnica particular. Esta técnica es la inventada por Wittgenstein y es menester reconocer que, con la brillante excepción de Norman Malcolm y alguno que otro wittgensteiniano, de hecho **nadie** la practica. El método en cuestión no tiene fases o contornos claramente delimitables, pero sí tiene facetas o aspectos discernibles. En primer lugar, se selecciona una tesis filosófica cualquiera, como por ejemplo la tesis de que el espacio no existe o la de que no podemos pensar lo irreal o lo no existente. De hecho, a la primera de estas tesis está consagrado el artículo “The Metaphysical Concept of Space” y a la segunda el espléndido trabajo “The Passing of an Illusion”. Acto seguido, se trata de determinar con qué otras proposiciones están conectadas las tesis en cuestión, es decir, de cuáles se derivan y cuáles implican. Posterior o concomitantemente, se hace una descripción detallada de los usos de las palabras relevantes en el lenguaje natural (y en el de la ciencia, si en ella los conceptos correspondientes también son usados), tratando de determinar su gramática. Por último, se hace ver que el uso filosófico del concepto es absurdo (o que el concepto filosófico es absurdo), puesto que se trata de un uso en el que conexiones “esenciales” han sido mutiladas o abolidas. Si el análisis gramatical es correcto, entonces queda claro no sólo que la tesis es absurda, sino también que el problema subyacente a la “respuesta” no es en el fondo más que un pseudo-problema. Tomarse el trabajo de rastrear usos, implicaciones, etc., y contrastarlos con nuevas propuestas es hacer filosofía wittgensteiniana y es lo que Ambrose y Lazerowitz (en especial este último) logran con un tecnicismo elegante y un éxito incuestionable.

Consideremos un par de casos. El primero nos lo proporciona el tratamiento realmente esclarecedor que Lazerowitz efectúa del infinito. En éste como en muchos otros casos, una fuente preciosa e inagotable de tesis filosóficas está constituida por la obra de Bertrand Russell. Es Russell quien, mejor que nadie quizá, como dice Lazerowitz, mediante “el efecto hipnótico de sus palabras” (p. 127), nos incita a ver en el infinito una realidad que está allí, “más allá” de todo lo finito, lo inmenso matemático como algo subsistente, etc., y su modo de hablar sugiere con fuerza casi irresistible que el estudio del infinito es un estudio cuasi-empírico. Lazerowitz reconstruye con fidelidad la posición russelliana frente a las paradojas del infinito (que en opinión de Russell tienen *solución*), e.g., las paradojas de Zenón. Los *puzzles* en sí mismos son en verdad apasionantes y la posición clásica (i.e., la de Russell) es fascinante. Pero luego viene el examen crítico, demoledor, no de los teoremas sino de los usos de las palabras, y viene con ello la desilusión. Russell (como todos) trata ‘infinito’ como si fuera un sustantivo más, supone que es enteramente aporofético sostener que una serie infinita puede formar un todo acabado, que ‘ \aleph_0 ’ denota un número, etc. Pero, explica Lazerowitz, el lenguaje del infinito no tiene nada que ver con el lenguaje de “lo que hay en el mundo”. Lazerowitz muestra en detalle que la teoría del infinito tiene que ver más bien con reglas y mecanismos propios de las teorías matemáticas. Su diagnóstico es, pues, claro: la teoría del infinito es “una invención semántica para la producción de una ilusión” (p. 122). Desde luego que Lazerowitz no niega, e.g., la aritmética transfinita (pues los wittgensteinianos ni sostienen ni niegan nada). Lo que él hace es **mostrar** qué utilidad concreta, real, tienen ciertos símbolos, **describiendo** su uso normal. Esto lo capacita para emitir diagnósticos que no versan sobre supuestas entidades, sino sobre el simbolismo. Así puede afirmar que “ ‘ \aleph_0 ’ se refiere a reglas o a fórmulas para la construcción de series de términos ninguno de los cuales es el último construible por la fórmula y que ‘*c*’ se refiere a reglas para construir, a partir de conjuntos de términos, nuevos términos, los cuales no están en los conjuntos originales, independientemente de qué tan grandes sean esos conjuntos” (p. 139). Y una vez vista la utilización del signo, la dificultad filosófica se disuelve y no hay nada más que añadir.

Consideremos ahora el magistral artículo “The Passing of an Illusion” (que yo traduciría como “La extinción de una ilusión”). En él se nos da, mediante un sinnúmero de formulaciones brillantes y lapidarias, una caracterización de la filosofía pre-wittgensteiniana. No está de más dar algunos ejemplos de dichas formulaciones.

- 1) *Philosophy, it turns out, is a linguistic contrived illusion* (p. 200).
- 2) *Philosophical analysis is represented as an ultra-refined scientific instrument which permits the philosopher to determine the nature and structure of reality without leaving his study* (p. 205).

3) *What suggests itself is that the philosopher works under the domination of fantasied omniscience, which is concealed by talk of logic and analysis* (p. 207).

4) *It is by means of the non-verbal façade, i.e., the ontological form of speech, that the philosopher, whose work consists of nothing more than verbal manoeuverings, is able to create the image of himself as a cosmological cartographer* (pp. 208-9).

5) *Las discusiones filosóficas “are disputes in which exotic linguistic preference, not truth, is at issue”* (p. 231).

6) *If indeed philosophy can correctly be described as a sickness, it is a sickness of which no philosopher wishes to be cured. His ‘sickness’ of the understanding, on which he looks as a lofty achievement, gives him pleasure and also has a commercial value* (p. 237).

Supongo que resulta superfluo, pero de todos modos me permito recordar que estas caracterizaciones no proceden de un desdén fácil o de mera ignorancia. Al contrario: los autores toman en serio, al pie de la letra, las tesis filosóficas y examinan con detenimiento sus presupuestos y sus implicaciones, intentando siempre determinar con precisión en dónde se produce el choque o el corte con el uso normal de las palabras (‘espacio’, ‘pensamiento’, ‘necesario’, ‘experiencia’, etc.). Su crítica es, pues, una crítica, por así llamarla, “interna”, es decir, efectuada desde dentro de la filosofía.

Tanto los diagnósticos mencionados como muchos otros están diseminados en lo que es el núcleo del artículo: el examen de la tesis parmenídea de que todo lo que pensamos es, porque lo que no es no puede ser pensado. Lazerowitz examina primero los usos de la palabra ‘ser’ (*grosso modo* entidad y existir). La confusión de estos usos lleva directamente a planteamientos filosóficos. Lazerowitz equipara diversos tipos de enunciados (‘Estoy pensando en un unicornio’, ‘estoy pensando en un león’, etc.), hace ver sus diferencias y, finalmente, plantea la pregunta: ¿tiene la tesis de Parménides contenido de experiencia? ‘Se trata efectivamente de una proposición *a priori*? ¿*A priori* y sintética? ¿O más bien a pesar de ser inteligible es clasificable? Lazerowitz realza el hecho de que la tesis no tiene implicaciones prácticas, que es tanto inverificable como irrefutable, que carece de contenido descriptivo, que es inútil para hacer predicciones, etc. Es, pues, meramente verbal, pero construida de tal forma que crea la ilusión de que se está diciendo algo necesario o imposible acerca de algún aspecto de la realidad. El escrutinio, sin embargo, revela que se trata más bien de una propuesta para favorecer un uso restringido o modificado de una palabra (extraído, desde luego, del lenguaje natural). De ahí que, como Lazerowitz dice, las proposiciones “necesarias” (filosóficas) sea “ontológicamente mudas” (p. 223).

La cuestión del “status” de los pronunciamientos filosóficos es examinado desde diversos ángulos y una y otra vez se llega al mismo resultado: las sentencias filosóficas (*e.g.*, metafísicas) tienen contenido verbal, no fáctico, si bien superficialmente versan sobre la totalidad de las cosas y afirman que algo es imposible, contingente, etc. Este resultado, matizado y enriquecido en las discusiones concretas, le da unidad al libro. Pero vale la pena notar que, además del examen neo-filosófico de tesis y posiciones tradicionales, los autores incursionan de cuando en cuando en el terreno de la explicación psicoanalítica, desde cuya perspectiva el paciente es ni más ni menos que el filósofo. Esto, obviamente, no es una casualidad. No sólo hay similitudes notorias e importantes entre los “métodos” de Freud y de Wittgenstein (con relación a lo cual Lazerowitz ha escrito admirable y copiosamente), sino que, como es bien sabido, la filosofía es para Wittgenstein una especie de descompostura mental y el filósofo un enfermo. Los finos análisis de Ambrose y Lazerowitz no admiten ambigüedades y sus conclusiones son, en verdad, poco halagadoras para el filósofo convencional.

Como dije al principio, este libro es en cierto sentido (como lo son los libros de Norman Malcolm) un paradigma. ¿Paradigma de qué? La respuesta es sencilla: de ese nuevo estilo de hacer filosofía cuyo objetivo es no construir teorías sino disolverlas, así como a las problemáticas que les subyacen. Cada uno de los ensayos que componen este libro es un esfuerzo por mostrar que la tesis filosófica que se examina es simplemente absurda. Claro está que la actividad disolvente, lograda a través del esclarecimiento gramatical, trae aparejada la elucidación real (definitiva), *i.e.*, aquello que nos lleva a decir ‘Ah! Sí, ya veo: no hay nada más que decir. No se requiere ninguna teoría, porque efectivamente ya todo quedó aclarado’. En este sentido, la nueva filosofía es anti-filosofía. Wittgenstein, nos dice Moore, pensaba que había transformado la filosofía y la había hecho pasar de sistemas de especulaciones a algo parecido a una técnica en la que la habilidad reemplazaría al genio. Independientemente de cuán al pie de la letra pueda tomarse dicha descripción, lo cierto es que los escritos de Ambrose y Lazerowitz ejemplifican magníficamente la nueva clase de investigación filosófica que Wittgenstein aspiraba a desarrollar y que paulatina pero inexorablemente avanza y se impone en el frente filosófico.